

¿Quién teme a Benedicto XVI?

Ante los dilemas éticos que plantea la ciencia actual, la visión de Ratzinger merece cuando menos atención

Antoni Puigverd | 27/09/2010 | LV. **Ciudadanos**

Casi todas las caricaturas del *Polònia*, famoso programa de humor de TV3, tienen alguna relación con el personaje real satirizado. El físico, el carácter, las ambiciones o la imagen pública son deformados hasta conseguir un efecto paródico. Contrariamente, la caricatura de Joseph Ratzinger no mantiene ninguna relación con la persona real. Si el Papa es políglota, en el *Polònia* no sabe hablar. Es un hombre sereno, pero allí es descrito como un histérico. Es reflexivo y sabio, pero es retratado como un estúpido. La pereza mental que predomina en nuestra opinión pública ha facilitado la adopción acrítica de esta caricatura.

Ratzinger es para cierta opinión catalana un ridículo tontaina, mera excrecencia de los viejos tiempos. No es de extrañar que su viaje a Gran Bretaña haya pasado tan desapercibido entre nosotros. Ni tan siquiera su próxima visita a Barcelona ha servido para afinar el oído. Con la excepción casi solitaria de *La Vanguardia*, para la mayoría de los medios comunicación catalanes el viaje no sido más que la penosa carrera de obstáculos del Pontífice para pedir perdón o justificarse de las acusaciones de pederastia. La mayoría de los corresponsales ignoraron sistemáticamente no ya las palabras que el Pontífice pronunció, sino el impacto que producían en la opinión británica.

El papa Benedicto XVI pidió, efectivamente, perdón a las víctimas y reafirmó por enésima vez su voluntad de limpiar la Iglesia católica de estos imperdonables y nefandos comportamientos. En un encuentro en la nunciatura apostólica de Londres, Ratzinger se reunió con un grupo de víctimas de abusos sexuales. Les escuchó, se identificó con su sufrimiento y afirmó que la Iglesia está haciendo todo lo posible para verificar las acusaciones, colaborar con la autoridad civil y entregar a la justicia a los religiosos acusados de estos graves crímenes. Volando en el avión hizo acto de contrición: "La autoridad de la Iglesia no ha sido suficientemente vigilante ni suficientemente veloz y decidida en la toma de las medidas necesarias". En este mismo avión explicó la "gran tristeza" que significó para él mismo la revelación de estos abusos: "He sufrido un shock".

Para los dominados por el prejuicio de un Papa "que antes de serlo era el Gran Inquisidor", tal conmoción puede parecer teatral. Siguen ignorando que ya antes de acceder al pontificado, Ratzinger fue tan duro en la persecución de los

religiosos pederastas que fue acusado en el interior de la Iglesia de negar el derecho a la defensa de los acusados.

La obsesiva fijación (¿refocilamiento?) en el escándalo de la pederastia ha impedido a muchos evaluar el impacto cultural del viaje papal a Gran Bretaña. Un impacto que, como se desprendía del magnífico trabajo periodístico de Oriol Domingo en La Vanguardia de ayer, ha sido muy notable. A pesar de estar precedido del escándalo belga. A pesar de la impericia del cardenal Paster. A pesar de que Ratzinger visitaba un país con religión propia y una larga tradición antipapista (que hunde sus raíces en una antigua y secular persecución de los católicos). Y a pesar de la influencia militante de nuevas corrientes ateas. Ratzinger ha dejado una honda impresión en la opinión británica. Por su reflexión sobre las relaciones entre Dios y el César (entre creencia y poder político) en el contexto de su elogio a Tomás Moro, "admirado por creyentes y no creyentes por la integridad con que fue fiel a su conciencia". Por su crítica a la falta de fundamento ético de las relaciones económicas, causa primera de la crisis actual (más que económica: sería una crisis de valores). Por su acento en la síntesis que el cristianismo ofrece entre fe y razón y, por tanto, por su defensa del diálogo entre el mundo secular y el mundo de las creencias evitando dos peligros: la intromisión de la religión en la política (fundamentalismo) y el desprecio de la política secular por la aportación religiosa (deformado por las ideologías, el poder puede derivar en totalitarismo).

Pasó casi desapercibida para la mayoría de nuestros corresponsales una frase de Ratzinger de profundo calado. La que más interés ha suscitado en la opinión británica. "Si los principios éticos que sostienen el proceso democrático no se rigen por nada más sólido que el mero consenso social, este proceso se presenta frágil". A la luz de los dilemas éticos que abre el progreso de la ciencia, la frase merece cuando menos unos minutos de serena interrogación.

Mientras incluso en *The Guardian* han aparecido artículos al hilo de estas reflexiones papales, ¿seguirá la opinión catalana sorda a los retos éticos de Ratzinger, y dominada por la caricatura menos inteligente de los humoristas del Polònia?